

define (p. 182); en efecto, para construir esa definición el Autor tiene que ampararse en otro contexto epistemológico distinto del contemplado por el Concilio.

El cap. 14 se titula «La autoridad limitada o la imposibilidad de la desobediencia» y trata de las campañas en favor de la admisión de mujeres al sacramento del Orden. La argumentación del Autor es muy lúcida; incluso detalla cómo en el puro plano lingüístico es descabellado tratar de retorcer las palabras evangélicas para conjugarlas con el deseo de determinados grupos de presión.

Respecto a las relaciones con los filósofos, de una forma realista observa que éstos se sienten más inclinados a un trabajo intelectual analítico, mientras que los teólogos se inclinan a otro de tipo más bien sintético (pp. 278 s.). Criticando la paradoja planteada por Rahner acerca del supuesto *insalvable pluralismo de las filosofías contemporáneas*, Fisichella ve la necesidad de que los teólogos compongan hoy en día una síntesis creativa de la Biblia con el mundo de la cultura filosófica.

En fin, cabe resaltar el buen sentido teológico —sapiencial— del Autor para interesarse por temas no especializados, afrontándolos con agudeza y buen sentido.

José M. Otero

Nigel FORDE, *The Lantern and the Looking Glass: Literature and Christian Belief*, SCPK, London 1997, 180 pp., 14 x 21,5, ISBN 0-281-04906-8.

El Autor declara que su obra es el ensayo de alguien que no se dedica pro-

fesionalmente a la investigación en literatura. El valor de este ensayo reside en el amor a los libros de Forde, desarrollado en una amplia cultura literaria que ha ido acompañada de la reflexión sobre el valor de la literatura.

Como buen conocedor de Chesterton y de C.S. Lewis, no es extraño que se haya despertado en su ánimo un especial interés por las relaciones entre literatura y fe cristiana, las cuales constituyen el tema de este libro.

Ya en el Prólogo se declara un principio importante: la literatura como tal —al igual que la ingeniería o las artes decorativas— no son objeto de fe cristiana. La Revelación salvífica no proporciona, en efecto, una «visión cristiana de la literatura» (p. x). Pero, en cuanto la literatura es un quehacer humano —una forma de poiésis, que por definición comporta una cierta praxis— y, sobre todo, en cuanto versa sobre modos de praxis (buenos o malos moralmente), las obras de arte literario se relacionan con principios morales que sí están contenidos en la revelación divina. En este sentido, el Autor se propone examinar el vínculo escritura/sentido, con objeto de determinar «cómo podemos juzgar una obra literaria con imparcialidad, incluso en el caso de que se oponga a nuestras creencias»; aunque la cuestión que más le interesa estudiar es cómo se justifica moralmente «perder el tiempo» leyendo literatura de ficción (*ibidem*).

La respuesta a esta última cuestión se basa últimamente en la decisión divina de hablar a los hombres, dejando constancia *escrita* de su autorrevelación. Desde ese momento histórico, en la mejor literatura cabe percibir «un eco dorado» del Verbo divino (Cap. 2). La buena literatura de ficción no sólo tiene un valor cognoscitivo, sino que a me-

nudo nos conduce a realidades más «reales» (más hondas, más importantes para los hombres) que la mera descripción de acontecimientos, costumbres o paisajes.

Por otra parte la ficción literaria es el ejercicio de «una persona que se contempla en el espejo» del mundo que crea. Crear estas obras de ficción es un medio para el autor de la misma descubra los arcanos de su ser hombre y de qué es *lo auténticamente humano*, ese valor universal al que todos debemos aspirar (Cap. 3).

Forde analiza el valor heurístico de la metáfora literaria, que fuerza la inercia del lector y le obliga a esforzarse para interpretar, de buscar sentido real a lo leído.

Una de sus observaciones más interesantes consiste en que las creencias cristianas sólo son *objeto indirecto* de literatura de ficción, en cuanto son creídas o negadas por determinados personajes. En este sentido no cabe generalizar afirmando que una obra es anticristiana porque contiene la expresión de incredulidad ante tal o cual dogma (o ante todos); es preciso determinar cómo juzga el autor literario la praxis del personaje que niega o afirma esos contenidos de fe, cómo contempla al personaje que se comporta de forma inmoral y al que adopta costumbres exteriormente cristianas. La fe, en todo caso, ha de ser «una linterna que guíe nuestros pasos» a la hora de determinar si el modo como el autor juzga la praxis de sus personajes es adecuado o no a la realidad (p. 97).

La fe cristiana puede y debe estar presente en las obras de ficción que ingenian escritores cristianos; pero no como propaganda, artificiosamente impuesta a la trama literaria, sino que debe surgir espontáneamente del he-

cho de que toda escritura es expresión —más o menos inconsciente— de experiencias del propio autor. Por este motivo es lógico y natural que la fe y la sabiduría humana del escritor, junto con la riqueza de su percepción artística del mundo enriquezcan el buen hacer de quien juega con palabras para relatar algo interesante: «Un texto ha de proporcionar tanto sabiduría como deleite. Esa es la literatura que realiza su función más propia» (p. 153) —sin saberlo, el Autor parafrasea aquí implícitamente la famosa sentencia cervantina referida a la función de la novela: *enseñar deleitando*—.

Además de verificar estas y otras ideas de interés expuestas en el libro, el lector disfrutará viéndolas tratadas en relación a citas explícitas e implícitas de grandes obras de la literatura (aunque —todo hay que decirlo— el Autor casi sólo se limita a escritores anglosajones).

José M. Otero

Manuel GUERRA, *Diccionario enciclopédico de las sectas*, BAC, Madrid 1998, 988 pp., 15 x 23,5, ISBN 84-7914-360-6.

El autor es un reconocido profesor de la Facultad de Teología del Norte de España, en Burgos, en las materias de filología clásica y teología patristica. Además, es especialista en el hecho religioso y religiosidad en sus diversas manifestaciones, como lo prueban algunos de los libros que ha publicado en los últimos años, por ejemplo, «Los nuevos movimientos religiosos», las varias ediciones de su «Historia de las religiones», en 3 volúmenes, y su obra «El enigma del hombre». Conocedor del sánscrito (lengua en la que están redactados los